

HISTORIA ANTIGUA Y EL CAMPO DE RECEPCIÓN: UN VIEJO Y NUEVO AUGUSTO EN LA NOVELA EPISTOLAR DE JOHN WILLIAMS*.

Ancient History and the field of reception: an old new Augustus in John Williams' epistolary novel

(Artículo recibido el 23/02/2023, aceptado el 12/05/2023)

GLAYDSON JOSÉ DA SILVA**

Departamento de Historia de la Universidad Federal de São Paulo
sglaydson@hotmail.com

LORENA LOPES DA COSTA***

Instituto de Historia de la Universidad Federal do Rio de Janeiro
lorenalopes85@gmail.com

Abstract This essay aims to think about and defend the actuality of Ancient History and, especially, the reception studies of Antiquity. To do so, the text describes the constitution of the field within the classics and then analyzes the novel *Augustus* (1972), by John Williams (1922-1994). This approach of a case of reception by fiction intends to observe how Williams's novel incorporates both what the ancient sources told us and what they did not tell us about the Rome of Augustus. Antiquity, as Williams uses it, could be thought as code for power and knowledge of the past.

Keywords Ancient History; Reception studies; *Augustus*; power; knowledge of the past.

* Una versión portuguesa de este texto se publicará en portugués en la colección *Compêndio de História Antiga*, organizada por Gustavo Junqueira Duarte de Oliveira e Uiran Gebara da Silva.

** Profesor Asociado en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Federal de São Paulo (Unifesp), *campus* de Guarulhos, São Paulo, Brasil. Editor de la revista Heródoto – Revista do Grupo de estudos e Pesquisas sobre a Antiguidade Clássica e suas Conexões Afro-asiáticas.

*** Profesora adjunta de Historia Antigua en la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). Es doctora (2016), máster (2012) y licenciada (2009) en Historia por la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG). Completó su doctorado bajo la dirección del profesor José Antonio Dabdab Trabulsi, con una estancia doctoral de un año (2015) bajo la dirección de François Hartog en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS - París). Editora de la revista *Classica – Revista Brasileira de Estudos Clássicos*.

Resumen: El presente artículo pretende pensar y defender la actualidad de la Historia Antigua y sobretodo los estudios de recepción de la Antigüedad. Para ello presentaremos la constitución de este campo dentro de los estudios clásicos y, a continuación, analizaremos la novela *Augustus* (1972) de John Williams (1922-1994). Se trata de una aproximación a un caso de recepción a través de la ficción, con el objetivo de observar la manera en que la obra incorpora a un tiempo lo que las fuentes antiguas nos han contado acerca de la Roma de Augusto como y lo que no. La Antigüedad, en el sentido en que la utiliza Williams, sería así un código de poder y conocimiento del pasado.

Palabras clave: Historia Antigua; Estudios de recepción; *Augustus*; Poder; Conocimiento sobre el pasado.

1. Estar dentro y fuera de la Antigüedad: los estudios de recepción

En el siglo XVIII, el pintor francés Hubert Robert eligió como uno de sus temas el sistema de calzadas que conectaba las diferentes partes del Imperio Romano. Él no fue el único artista que incorporó la Antigüedad a las artes plásticas, ofreciendo a sus contemporáneos una imagen autoral de la Antigua Roma. Dos siglos antes de Robert, y muy lejos de la antigua Europa, el Padre Anchieta escribió la que sería la primera epopeya de América. En latín, *De gestis Mendi de Saa* cuenta las hazañas de Mem de Sá y, en el primer libro, trata de su hijo, presentándolo un héroe al modo de Palantes, amigo con el que Eneas, el fundador de Roma, según la narración virgiliana, ya se había identificado en la *Eneida*. Como un código, la Antigüedad Romana (privilegiada en este texto) ha servido a distintos propósitos a lo largo de dos milenios. Los doce Césares han adornado desde porcelanas hasta edificios públicos. Además de Virgilio, otros poetas romanos, como Horacio, prestan sus ideas tanto a los discursos libertarios de la joven América Latina como a las banderas opresivas de sus dictaduras. En los regímenes autoritarios del siglo XX, las asociaciones con el mundo antiguo, y especialmente con Roma, fueron numerosas. El Arco dei Fileni, inaugurado por Mussolini en 1937 en Libia, entonces colonia italiana - su nombre es un homenaje

a los hermanos cartagineses que se sacrificaron para establecer la frontera entre Cartago y Cirene, según Salustio -, se convirtió en una expresión de la Romanità fascista. Por otra parte, Martin Luther King y Frederick Douglass, que lucharon por la libertad y la emancipación de los negros en Estados Unidos, anotaron el nombre de Cicerón en sus apuntes de estudio entre algunos de los nombres antiguos.

Aunque se podrían añadir muchos otros ejemplos a esta lista, por breve que sea, ya nos permite compartir con el lector nuestro punto de partida: las relaciones que los contextos posteriores han establecido con el mundo antiguo son múltiples y a veces contrastadas. El procedimiento de traer algo de la Antigüedad - un elemento, una historia, un personaje - al presente o de remarcar la herencia que ya arrastramos de ella es, de hecho, tan variado que los nombres utilizados para designarlo también son plurales. ¿Qué es, pues, la tradición sino una cadena que reúne aquellos elementos del pasado que aún comunican al presente? ¿Qué es, además, la traducción sino la vinculación del idioma original de la fuente que queremos comprender con la lengua menos lejana del lector? Instrumentalizamos el pasado; lo utilizamos para expresar lo que queremos decir. Nos apropiamos de la Antigüedad; utilizamos el pasado. Y puesto que dichos procesos componen nuestro entendimiento acerca del mundo antiguo, se ha creado – y hemos defendido – un campo en el seno de los estudios clásicos: los estudios de recepción. Por este motivo, en 1993, Charles Martindale publicó *Redeeming the Text: Latin Poetry and Hermeneutics of Reception*. Este libro es fundamental para el campo de los estudios de recepción, porque introduce en el debate de los estudios clásicos el argumento de que los estudios de recepción no serían accesorios al área; al contrario, deberían entenderse como parte esencial de la misma. En el libro, Martindale publica una especie de manifiesto para la teoría de la recepción dentro de los estudios clásicos; tendría dos premisas: la primera se refiere al hecho de que numerosas percepciones de las fuentes antiguas se almacenan en imitaciones, traducciones. La segunda es que las interpretaciones de las fuentes antiguas se construyen como resultado de la cadena de transmisión de estas fuentes, a través de la cual han podido y pueden seguir siendo leídas. Por eso, concluye Martindale: no es posible contar con un

estado original de las fuentes, limpiándolas de las capas de recepción que han asegurado su presencia en la actualidad (1993: 7). Así, la novedad de los llamados estudios de recepción no es la constatación de que los elementos antiguos se renuevan -ya que estos procedimientos de incorporación de la antigüedad con distintos fines han formado parte del modo en que los diferentes contextos se han relacionado con la propia antigüedad desde el mundo antiguo-, sino la constitución de un campo de investigación propio de los estudios clásicos, que se interesa no sólo por la fuente antigua, sino también por lo que la fuente posterior (sea cual sea su posteridad) hace con la anterior, alterando su interpretación.

Especialmente a partir del impacto del manifiesto de Martindale, el ámbito anglosajón comenzó a incorporar estos estudios a los estudios clásicos, acabando poco a poco con las resistencias iniciales. Esto puede verse, en un primer momento, con la inclusión de paneles sobre recepción en eventos importantes, como la *American Philological Association*, y con la decisión de Cambridge University Press, en la misma década que *Redeeming the Text*, de que los *Cambridge Companions* sobre autores antiguos debían contener al menos un capítulo sobre recepción. También formó parte de la consolidación en el campo la creación de una serie centrada en los estudios de recepción por parte de Brill - *Brill's Companion to Classical Reception* -, cuyo primer volumen se publicó en 2014 y, siempre en la misma línea editorial, la creación de revistas especializadas estrictamente en estudios de recepción, como la *Classical Receptions Journal* de la Universidad de Oxford, cuyo primer número, de 2009, estaba firmado en su editorial por otra de las principales especialistas en la temática: Lorna Hardwick. En el texto, la autora confirma que el manifiesto a favor de la teoría de la recepción dentro de los estudios clásicos, lanzado dieciséis años antes de la creación de la revista, había dado sus frutos, dado que ésta había presenciado cómo tales estudios se convertían en una de las áreas de investigación de más rápido crecimiento en los estudios clásicos y la Historia Antigua (HARDWICK, 2009: 1).

En *Reception Studies* (2003), Hardwick destaca la capacidad de los textos antiguos para relacionarse con otras tradiciones, intervenir política y culturalmente

y resistir a los intentos de dominación. Por eso destaca las aportaciones de Derek Walcott en el Caribe y de Fémi Osofisan, Christopher Okigbo, Ola Rotimi y Wole Soyinka en África Occidental, que, en común, han reconfigurado las fuentes grecorromanas poniéndolas en diálogo con sus propios contextos. Esto demuestra cómo lo clásico puede ser útil -aunque a veces se ha utilizado para constituir tradiciones opresivas, como nos ha recordado en repetidas ocasiones el experto en la Antigua Roma de la Universidad de Princeton Dan-el Padilla Peralta (2019; 2020; 2021)- para descolonizar la mente y afrontar los retos de una historia colonizada. En contextos poscoloniales o decoloniales, los estudios clásicos pueden ser, por lo tanto, una herramienta importante para resistir a las identidades impuestas y también para construir otras nuevas (HARDWICK, 2003: 110).

Por lo tanto, forma parte de la constitución histórica de los estudios de recepción como parte de los estudios clásicos una clara disputa política, marcada por la disputa interna dentro del campo (por un lado, quienes se resisten a los estudios de recepción y, por otro, quienes los aprueban), pero también marcada por la disputa externa dentro del campo, con quienes ven en los estudios clásicos argumentos suficientes para su destrucción y quienes encuentran en ellos el argumento para su redención. Además de este enfrentamiento político, existe también el enfrentamiento conceptual, aunque menos voraz, todavía importante. En efecto, en el campo de los estudios clásicos dedicado a los estudios de recepción, hemos visto cómo ciertos conceptos ocupaban, de forma más tácita que consensuada, los intereses de la reflexión. Esta práctica, que es tan antigua como las fuentes antiguas que centran sus análisis, observando su incorporación con distintos fines, ha mostrado, más allá de la articulación o incluso comparación de textos, ideas o artefactos del mundo grecorromano y sus receptores en contextos posteriores, lo que significó para otras gentes y otras culturas dialogar con antigüedades que eran, en principio, ajenas a sus propias antigüedades. La reflexión, por tanto, más que la comparación (que se ocupa de ver cómo se ha modificado la fuente antigua, o si sólo se ha emulado, con qué intención se empleó, etc.), ha

exigido la construcción de una base teórica que permita investigar y explicar las formas en que se han actualizado las perspectivas sobre ese pasado.

Other terms may well evolve to describe and evaluate ‘reception’. It is interesting that the term used to be embraced because it suggested relationships that were perceived as more dialogical than those implied by ‘tradition’; now, in contrast, it is sometimes thought to imply passivity (HARDWICK, 2009: 2).

Más ampliamente, la propia idea de recepción ha aparecido como una especie de sinónimo general de las diferentes formas de nombrar la reaparición de elementos de la Antigüedad en contextos posteriores. Según Martindale y Hardwick, en su entrada «Reception» del *The Oxford Classical Dictionary* (2012: 1256-7): «recepción», en el sentido en que lo utilizan los críticos literarios, es un concepto de origen alemán, que se afilia a la Escuela de Constanza y a los nombres de Hans Jauss y Wolfgang Iser, sustituyendo a menudo a «tradición», «herencia», «influencia», entre otros. Según los autores de la entrada, «los estudios de historia de la recepción (*Rezeptionsgeschichte*) son estudios de la lectura, interpretación, (re)modelización, apropiación, uso y abuso de textos antiguos a lo largo de los siglos» (MARTINDALE-HARDWICK, 2012: 1256). Para Gadamer, con quien dialogan los teóricos de la Escuela de Constanza, la interpretación siempre se realiza dentro de la historia; es decir, siempre es temporal, marcada en el tiempo y por el tiempo. En consecuencia, nunca habrá una interpretación del texto que sea correcta para siempre o permanente, sino una fusión irrefutable de horizontes en la lectura, en la que los horizontes del autor y de su intérprete se encuentran, dando lugar a la interpretación. En este sentido, siguiendo otras teorías hermenéuticas, como la de Paul Ricoeur, la Estética de la Recepción llama la atención sobre el papel activo del lector, considerando que el receptor (lector) actúa en la recepción, en lugar de recibir el objeto de su lectura determinado únicamente por el pasado.

Los estudios sobre la recepción nos muestran exactamente esto. En el libro *Le Présent dans le Passé: Autour de quelques Périclès du XXe siècle et de la possibilité d'une vérité en Histoire* (2011), de Dabdab Trabulsi, seis biografías (dos

italianas, una belga, una francesa, una estadounidense y una británica) conforman el objeto que permite al autor reflexionar sobre el hecho de que sólo hayan sobrevivido de la Antigüedad dos fuentes históricas sobre Pericles (Tucídides y Plutarco), ofreciendo a estos estudiosos modernos (Gaetano de Sanctis; Mario-Attilio Levi; Léon Homo; Marie Delcourt; Donald Kagan y Andrew Ewbank Burn) material suficiente para que diverjan en su interpretación del estratega griego. De dictador a gran demócrata antifascista, las biografías de Pericles demuestran la tesis de Gadamer, esencial para los estudios de recepción: el lector no recibe un mensaje prefabricado de lo que lee, sino que interacciona con el texto hasta el punto de disponer de las herramientas propias de su repertorio y de sus preocupaciones coetáneas para interpretarlo.

La interacción con las fuentes antiguas, que resulta en lo que aquí llamamos su recepción, no sólo tiene lugar a través de la lectura de las fuentes, ni se limita a las fuentes escritas. Así, escritores, artistas plásticos, ceramistas, políticos, directores de cine y teatro, museos y galerías, al elegir las fuentes antiguas para su propio trabajo de (re)creación, revelan diferentes perspectivas de comprensión de esas mismas fuentes. Por este motivo, los estudios de recepción pueden cambiar nuestra forma de ver estas fuentes y renegociar así nuestra relación con el pasado y con la Antigüedad.

En la lógica de la recepción, la idea de los usos del pasado -un tipo de recepción, entre otros, que aparece con frecuencia y que, por tanto, merece ser destacado- ha sido generalmente favorecida por los estudios históricos que hacen hincapié en el carácter político de los análisis. En estos estudios, «la movilización/reutilización del pasado asume un carácter pragmático e instrumental, como la que se realizó durante la Revolución Francesa (DABDAB TRABULSI, 1998a), los diferentes nacionalismos (GEARY, 2008) o por el nazifascismo (SILVA, 2007: 25-55; SILVA, 2018) [...]. En este dominio, la atención se centra en el significado del uso del pasado, en lo que se agrega o suprime para dar sentido a un propósito (identitario, nacional, de clase, racial, de género, etc.) en el presente» (SILVA et al.,

2020: 45). Así pues, el concepto de uso del pasado hace énfasis en la intención política que subyace o estimula el uso de determinadas antigüedades.

Así pues, si bien merece destacarse la idea de recepción, que da nombre a los estudios en cuestión, así como la idea de usos del pasado, en un sentido más histórico-político, también cabe mencionar que el campo desea beneficiarse de nuevas discusiones conceptuales e incluso de nuevos conceptos que puedan resultar aún más esclarecedores del tipo de uso que se hace de la Antigüedad. De hecho, si el uso de la Antigüedad en contextos posteriores es el punto en común de los estudios de recepción, observar cómo se produce este uso es la cuestión que impulsa estos estudios. En este sentido, puesto que el puente entre la Antigüedad y un contexto posterior capta el movimiento de la historia -la historia de un aspecto de la Antigüedad hecho vivo en otro tiempo-, los nuevos conceptos pueden ser útiles para refinar la investigación y comprender por qué se estudia la Antigüedad.

Dicho esto, presentamos aquí un estudio de caso de recepción. Se trata de una lectura ficcional de la Antigüedad, a través de la conocida y siempre recordada figura de Augusto. Proponemos un análisis de la novela *Augustus*, de John Williams (1922-1994), observando el modo en que las fuentes antiguas son incorporadas a la obra de ficción, haciendo de la Antigüedad un código de reflexión sobre el poder y, por tanto, poniendo de relieve su actualidad.

2. Un estudio de recepción: el *Augustus* de John Williams y el poder

No para conmemorar una efeméride o utilizar una figura pública en favor de un régimen, sino para centrarse en Augusto, la novela de mayor éxito del escritor y profesor universitario estadounidense John Williams está dedicada a la vida de Roma mediante la biografía de su primer emperador. A su manera, se trata de una celebración de la Antigüedad¹. Publicada en 1972 y galardonada con el National

¹En 1963, Williams recibió una beca de la Universidad de Oxford que le permitió viajar e investigar en Italia para la elaboración de lo que sería su última novela. Al final del volumen, de hecho, el autor nos informa de que el libro fue concebido en tres lugares a lo largo de diez años y el primero en ser

Book Award en 1973, *Augustus* es el resultado de una forma de tratar la Antigua Roma. Su autor no utiliza las fuentes para movilizar políticamente a las fuerzas de su tiempo, sino que las utiliza para pensar sobre su tiempo.

A través de cartas y despachos ficticios, la novela epistolar vuelve a contar la historia de Octavio, un joven de diecinueve años sensible y erudito que, tras la muerte de su tío Julio César, se convierte en heredero de un vasto Imperio Romano que se encontraba lleno de conflictos civiles. El Augusto de John Williams es un personaje que desafía a hombres como Cicerón, Bruto, Casio, Marco Antonio y a su propia naturaleza. Es el viejo y conocido personaje, pero se presenta bajo una nueva luz porque, por un lado, tenemos en la narración un juego constructivo que retrata lo contrario de lo que la ideología fascista quería retratar. Es decir, en la novela no tenemos al hombre fuerte y decidido, al conquistador sin miedo, al personaje estrictamente público, sino al hombre que se pierde en la frontera entre lo público y lo privado, al hombre en duda, angustiado, asustado ante el poder. El Augusto de Williams es, pues, tan moderno como el género novelesco, pero también antiguo. El personaje en conflicto está en la piel del personaje antiguo y de las fuentes antiguas de las que surgen los silencios de la historia. La narración se interesa por la vida interior del ilustre emperador y así, como observa John Gray (2014), revela cómo vidas que nos son totalmente ajenas o distantes pueden ser muy parecidas a la nuestra. A semejanza de *I, Claudius*, que el escritor inglés Robert Graves publicó en 1934, o de *Mémoires d'Hadrien*, que la escritora belga Marguerite Yourcenar publicó en 1951, la novela de Williams es ficción, pero ficción histórica, que por tanto se enreda aún más (que la ficción no histórica) con las preocupaciones sobre la verdad².

mencionado es Roma ("Rome, Northampton, Denver, 1967-1972" - WILLIAMS, 2003: 277) - donde se desarrolla el núcleo de la historia.

² Al principio de la novela, tenemos la primera de algunas cartas que Cayo Cilnio Mecenas escribe a Tito Livio, en las que le vemos ocupar el lugar del poeta que piensa en el pasado, reflexionando sobre las diferencias entre los géneros y sus autores: "I do not have the freedom of the historian, my friend; you may recount the movements of men and armies, trace the intricate course of state intrigues, balance victories and defeats, relate births and deaths—and yet still be free, in the wise simplicity of your task, from the awful weight of a kind of knowledge that I cannot name but that I more and more nearly apprehend as the years draw on. I know what you want; and you are no doubt

Dice el autor: “if there are truths in this work, they are the truths of fiction rather than of history” (WILLIAMS, 2003: 21).

Ya al principio, hay una breve nota del autor acerca del material que ha utilizado:

It is recorded that a famous Latin historian declared he would have made Pompey win the battle of Pharsalia had the effective turn of a sentence required it. Though I have not allowed myself such a liberty, some of the errors of fact in this book are deliberate. I have changed the order of several events; I have invented where the record is incomplete or uncertain; and I have given identities to a few characters whom history has failed to mention. I have sometimes modernized place names and Roman nomenclature, but I have not done so in all instances, preferring certain resonances to a mechanical consistency. With a few exceptions, the documents that constitute this novel are of my own invention - I have paraphrased several sentences from the letters of Cicero, I have stolen brief passages from The Acts of Augustus, and I have lifted a fragment from a lost book of Livy's History preserved by Seneca the Elder (WILLIAMS, 1904: 33).

De las citas fieles³ a las distorsiones de los hechos o del orden de los acontecimientos; de la invención de la trama sobre hechos no narrados o narrados insuficientemente por las fuentes a la invención de identidades que la historia no ha revelado; de la modernización de los nombres y de la nomenclatura romana a la paráfrasis de pasajes de las cartas de Cicerón; de la apropiación de un fragmento

impatient with me because I do not get on with it and give you the facts that you need. But you must remember that despite my services to the state, I am a poet, and incapable of approaching anything very directly” (WILLIAMS, 2003: 32).

³ Por ejemplo, en la carta a su amigo, Augusto inserta un pasaje de sus obras que destaca del resto por estar en letra itálica, coincidiendo de hecho con el prólogo del documento al que se refiere: “At the age of nineteen, on my own initiative and at my own expense, I raised an army by means of which I restored liberty to the Republic, which had been oppressed by the tyranny of faction. For this service the Senate, with complimentary resolutions, enrolled me in its order, in the consulship of Gaius Pansa and Aulus Hirtius, and gave me at the same time consular precedence in voting and the authority to command soldiers. As propraetor it ordered me, along with the consuls, to see that the Republic suffered no harm. In the same year, moreover, as both consuls had fallen in war, the people elected me consul and a triumvir for settling the constitution. Those who slew my father I drove into exile, punishing their deed by due process of law; and afterward when they waged war upon the Republic I twice defeated them in battle.... Thus begins that account of my acts and services to Rome of which I wrote you earlier this morning” (WILLIAMS, 2003: 254).

perdido de Tito Livio, pero conservado por Séneca el Viejo⁴, a la reproducción en cursiva de pasajes de los Hechos de Divino Augusto, todo es un choque entre lo que está en las fuentes y lo que no.

De hecho, el testimonio literario de los procedimientos que movieron al autor está en consonancia con el académico dedicado a las letras. La primera frase del extracto (“It is recorded that a famous Latin historian declared he would have made Pompey win the battle of Pharsalia had the effective turn of a sentence required it”) parece dialogar con Tito Livio - ya que en una carta del año 13 a.C., Cayo Cilnio Mecenas critica la simpatía de Livio por la República y Pompeyo- pero, sin itálicas ni comillas, repite lo que en realidad dijo el académico Sir Walter Raleigh (1861-1992), quien, preocupado por la literatura inglesa, lo escribió en el texto «Style» de 1897:

It is recorded of a famous Latin historian how he declared that he would have made Pompey win the battle of Pharsalia had the effective turn of the sentence required it. He may stand for the true type of the literary artist. The business of letters, howsoever simple it may seem to those who think truth-telling a gift of nature, is in reality two-fold, to find words for a meaning, and to find a meaning for words. Now it is the words that refuse to yield, and now the meaning, so that he who attempts to wed them is at the same time altering his words to suit his meaning, and modifying and shaping his meaning to satisfy the requirements of his words. (RALEIGH, 1961: 22).

Aunque no se cita, cierta lectura de Williams tematiza la distancia entre las palabras y su significado, esencial para evaluar el proceso de creación de la novela epistolar de Williams, así como para comprender la angustia que se apodera de Augusto. En su larga carta a Nicolás de Damasco, oriundo de Siria y amigo de confianza, es el viejo emperador, en sus últimos días, quien habla, más que el autor, de los escritos que le rodean y aluden a él:

⁴ History of Rome. Titus Livius: Fragment (a.d. 13)”. En el fragmento, tenemos el intento de huida de Marco Cicerón, pero éste se ve impedido de llevarlo a cabo porque los vientos, literalmente, no soplaban a su favor. Al ver que su barco no podía partir, decide volver a su villa, donde dice: “Moriar”, inquit, “in patria saepe servata” (120), o de la forma en que leemos en *Augustus*: “Let me die”, he said, “in my own country, which I have often saved” (WILLIAMS, 2003: 89). A esto le sigue su muerte y mutilación.

Among the books that I consulted were that Life of me which you wrote when you first came to Rome, those portions of our friend Livy's history of the Founding of the City which concerns itself with my early activities, and my own Notes for an Autobiography—which, after all these years, seems also to be the work of someone other than myself. If you will forgive me for saying so, my dear Nicolaus, all these works seem to me now to have one thing in common: they are lies. I trust that you will not too literally apply this remark to your own work; I believe you know what I mean. There are no untruths in any of them, and there are few errors of fact; but they are lies. I wonder if during your recent years of study and contemplation in the quiet of your far Damascus you have come to understand this also. (WILLIAMS, 2003: 253).

Asistimos así a la alusión de Augusto a la que se convertirá en la fuente más importante para conocerle, ya que sus notas para una autobiografía parecen referirse a las *Res Gestae Divi Augusti*. Escritos que, sin embargo, tampoco dicen la verdad sobre Augusto. El hombre ilustre, ya viejo (“My teeth are nearly gone; my hand shakes with an occasional palsy that always surprises me; and the lassitude of age pulls at my limbs”, WILLIAMS, 2003: 251), que padece de insomnio (“As you know, I have always been subject to insomnias”, 258); que mira con desprecio al poder (“Alexander was fortunate to have died so young, else he would have come to know that if to conquer a world is a small thing, to rule it is even less”, 259); que sufre en su pecho (“there is no wall that can be built to protect the human heart from its own weakness”, 265); que comprende que existir es estar solo (“in the life of every man, late or soon, there is a moment when he knows [...] the terrifying fact that he is alone, and separate, and that he can be no other than the poor thing that is himself”, 267), se da cuenta de que ninguno de los escritos sobre él se acerca a contar lo que realmente importa. Sus recuerdos y los de otros narran otro Augusto, un Augusto irreconocible (“when I read those books and wrote my words, I read and wrote of a man who bore my name but a man whom I hardly know”, 253). Y no es que Augusto esté acusando a los nombres que menciona - Ovidio, Séneca Cicerón, Tito Livio,

Nicolás de Damasco, de quien también se dice que escribió una *Vida de Augusto*⁵ - de haber mentido sobre lo que escribieron. Tampoco afirma haber mentido en sus *Hechos*. Pero sigue sin reconocerse en los escritos. El Augusto de las fuentes no es el Augusto de cuerpo y alma: es una caricatura de sí mismo (WILLIAMS, 2003: 253).

Sus palabras, además, llegan tarde. La carta de Augusto a su amigo sirio, el único que queda vivo, llega después de todas las otras voces. En otras palabras, en el libro de Williams, sólo oímos la voz de Augusto en la tercera y última parte, después de que muchos otros documentos (no sólo cartas, sino también actas del Senado, libelos, memorias, fragmentos, notas de diario, órdenes consulares, órdenes de ejecución) cuenten su historia. En la novela, el protagonista (excepto al final, en la única carta que escribe a Nicolás de Damasco) no tiene voz. Su historia es contada principalmente por el otro; está vaciada de su propia presencia. Se la presenta como perteneciente a un orden que ni siquiera Augusto controla. Augusto es, de hecho, su mero instrumento (WILLIAMS, 2003: 252).

Sus actos son narrados por sus amigos y sus enemigos, pero no por él. De la historia del Imperio Romano y de las acciones de su emperador nos informan quienes se dirigen a Augusto o quienes hablan de él, pero no sus respuestas. En el año 42 a.C., Bruto escribió al emperador diciéndole: “I implore you, do not march with Marcus Antonius. Another battle between Romans would, I fear, destroy what little virtue remains in our state. And Antonius will not march without you” (WILLIAMS, 2003: 98). En resumen, no leemos a Augusto; no tenemos noticia de lo que pensaba, de lo que temía o de lo que imaginaba. Así, las fuentes atestiguan lo mucho que no sabemos sobre él. Análogamente a los cuestionamientos del giro lingüístico, contemporáneo del autor del libro, la reflexión de Augusto pone en jaque el encuentro absoluto entre el lenguaje y la realidad, la historia y el pasado. Mecenas, gran amigo de Augusto, refuerza la idea, escribiendo a Tito Livio: “there

⁵Sólo se han conservado dos fragmentos, citados por los *Fragmentos Constantinianos*.

is much that cannot go into books, and that is the loss with which I become increasingly concerned” (WILLIAMS, 2003: 35).

3. Las brechas de la Antigüedad completadas por la ficción de la recepción

Aquello que la historia no nos ha contado vuelve con frecuencia en los documentos que componen el libro. Además de los conflictos internos de la figura principal, que nada han ocupado a la historiografía romana, tenemos también, sobre todo en los diarios de Julia, la hija exiliada de Augusto, la voz femenina que anuncia su exclusión de la historia oficial. En el año 4 d.C., registra en su diario su decisión de escribir para sí misma, utilizando la escritura como instrumento de reflexión, ya que, aunque quisiera otro fin, sería improbable que otros pudieran leerla⁶. Las numerosas anotaciones del diario de Julia se suman a las cartas de Livia, la esposa de Augusto; de Marcela, que se separó de Marco Agripa para que éste pudiera convertirse en marido de Julia; de Terencia, la amante de Augusto; de Octavia, su hermana; incluso se suman a la improbable declaración de Hircia, una mujer sencilla y analfabeta, hija de una esclava en la casa de Acia, la madre de Octavio, a quien el mundo llegaría a conocer como Augusto. Junto a las voces de los grandes hombres, estos documentos forjados actualizan la biografía de Augusto, llamando la atención sobre lo que no se ha contado, y que es precisamente la mayor exigencia de la historiografía de la segunda mitad del siglo XX: escuchar las voces de mujeres y subalternos en pasados contados sólo por hombres y en relación con hombres.⁷ No es de extrañar que Julia escriba en su exilio:

⁶Según el original: “I am Julia, daughter of Octavius Caesar, the August; and I write these words in the forty-third year of my life. I write them for a purpose of which the friend of my father and my old tutor, Athenodorus, would never have approved; I write them for myself and my own perusal. Even if I wished it otherwise, it is unlikely that any eyes save my own shall see them” (WILLIAMS, 2003: 153).

⁷ En las anotaciones de su diario, Julia no habla sólo sobre ser hija de Augusto, el poder y el exilio, sino también sobre sexo, placer femenino, plenitud sexual y envejecimiento.

And at last he demanded that, in accordance with his Julian Laws, I be exiled forever from the precincts of Rome, and requested the Senate to order me placed on this Island of Pandateria, to live out the rest of my life in contemplation of my vices. If history remembers me at all, history will remember me so. But history will not know the truth, if history ever can. (WILLIAMS, 2003: 245).

Ni los escritos de Julia ni sus sentimientos aparecerán jamás en los libros sobre Roma. De hecho, Augusto ni siquiera menciona su nombre en sus *Hechos Divinos*. Las figuras que rodean al emperador romano y la figura de él mismo, por tanto, el código utilizado por el escritor norteamericano para personificar la duda sobre lo que se sabe de la Historia, sus límites. Más allá de la distancia entre las palabras y el mundo, Augusto es la expresión de la incertidumbre ante la vida y el poder. Esta frontera entre lo que se dijo y lo que no se dijo en los documentos, o entre lo que será visto por la posteridad y lo que no, definiendo lo que identificamos como histórico, es el gran problema de la narrativa.

Julia recuerda el poema que le dedicó Ovidio. En el exilio, en la isla de Pandataria, sin recordar un solo verso, dice: “I believe he never included it in one of his books; he said that it was my own, and should belong to no one else” (WILLIAMS, 2003: 213). Al final de la página de su diario, el diario inventado, la fuente recreada, leemos el poema de Ovidio - también inventado.

En otra parte, Augusto nos cuenta que Virgilio, poco antes de su muerte a los cincuenta y un años, le pidió, en medio de su delirio, que le prometiera quemar el poema sobre la fundación de Roma (WILLIAMS, 2003: 259). Es cierto que en este caso hay rumores, sobre todo en el *De poetis*, de que Virgilio realmente hizo la petición. La reflexión toma cuerpo en la novela: lo que sabemos del pasado es siempre y únicamente lo que las fuentes nos permiten conocer. Si hubiera accedido al deseo de su amigo, haciendo desaparecer la *Eneida* de la Tierra -crucial para el Principado de Augusto, no porque mire hacia atrás para captar la formación del pueblo romano en el apogeo de su propia época, sino porque se trata de una épica sobre los inicios de Roma y la trayectoria por delante (GALINSKY, 1996: 20)—, ¿cómo sería la historia que contamos hoy sobre el Imperio y su fundación mítica?

Augusto atestigua la grandeza del poema; dice que incluso después de muchos años -en su carta a su amigo sirio Nicolás de Damasco- seguía conmoviéndose hasta las lágrimas cuando imaginaba a Eneas llorando por su fiel timonel, traicionado por el dios del sueño. Eneas llora por su fiel timonel; mientras que Augusto llora tanto por Eneas como por Palinuro, pero también por sí mismo y por el poeta.

Like a general who sees a legion destroyed and does not know that two others have triumphed, he thought himself to be a failure; and yet his poem upon the founding of Rome will no doubt outlast Rome itself, and certainly it will outlast the poor thing that I have put together. I did not destroy the poem; I do not believe that Vergil thought I would. Time will destroy Rome (WILLIAMS, 2003: 262).

El corazón del texto es el poder, que sin embargo se somete a la voluntad del tiempo. Ni siquiera Roma durará para siempre, y Augusto lo sabe. La palabra «poder» aparece casi doscientas veces en la trama. Tener poder; no tener poder; usar el poder contra los enemigos; ir contra ese poder; dar poder; quitar poder; aumentar el poder; perder poder; el poder que vendrá de las gentes; renunciar al poder; el poder del gobierno de Roma; tener mucho poder; tener más poder; poder consular; poder militar; poder senatorial; poder político; el poder del padre; el poder de los dioses; una base de poder; tener amigos poderosos; el poder de Oriente; el poder de Roma; el poder de los brazos. Las páginas de la hija de Augusto son también muy ricas en formulaciones sobre el tema. Habiendo pasado de ser una de las mujeres más poderosas del imperio (“In the world from which I came, all was power; and everything mattered. One even loved for power; and the end of love became not its own joy, but the myriad joys of power”, WILLIAMS, 2003: 197) a una sin ningún poder. Recoge en su diario del año 4 d.C. el momento en que comprendió por primera vez este sentimiento: en una fiesta para celebrar Roma, lo percibió en los ojos de las personas que la rodeaban, las mujeres más ricas del imperio, cuyos maridos, enemigos de Augusto, podrían haberlo asesinado si no fuera por el miedo que sentían. Su mirada, dice, no era de amor, respeto u odio. Ni

siquiera era de miedo. Miraban al poder, reconocían el poder cuando miraban a Julia (WILLIAMS, 2003: 198).

Para Charles Shields (2014), Williams, al explorar la relación entre Octavio y Roma, quiere tratar realmente el poder como problema⁸. En una rara entrevista con el autor en el año 1985, confirma que esta es la principal motivación de *Augustus*:

I was dealing with governance in both instances, and individual responsibilities, and enmities and friendship. In a university, professors and others are always vying for power, and there's really no power there. If you have any power at all, it's a nothing. It's really odd that these tilings should happen in a university but they do. Except in scale, the machinations for power are about the same in a university as in the Roman Empire or Washington. (WILLIAMS apud MCGARHERN, 2003: 16)

Al recrear la vida de Augusto, podemos pensar en el pasado y también en los temas del pasado que perviven en el presente. La celebración de la figura de Augusto en la ficción de Williams no pretende reivindicarlo como el gran líder, sino ver en el gran líder que Europa creó al hombre afligido por un poder desmesurado. *Augustus*, en definitiva, nos permite hacer un estudio de la recepción de la Antigüedad porque las fuentes y los vestigios del Imperio Romano son la materia prima de esta novela epistolar, y al mismo tiempo estas fuentes no impiden que John Williams las actualice, empujando lo histórico hacia lo ficticio y cruzando lo histórico con lo actual.

4. Conclusiones: un manifiesto

Hoy en día, la llamada Antigüedad clásica ha estado en el punto de mira de la cultura de la cancelación, lo cual no es difícil de entender: las fuentes antiguas se han movilizadas, en diferentes contextos, para justificarlo todo, desde la esclavitud

⁸ Según Shields, el libro trata más específicamente del poder de los Estados Unidos de América.

hasta el fascismo, desde la colonización hasta la idea de la supremacía blanca. Por eso, no hace mucho, se disolvió el departamento de estudios clásicos de la Universidad Howard, la única universidad históricamente negra de Estados Unidos que contaba con un departamento de clásicos. Profesor de la Antigua Roma en Princeton, Dan-el Padilla-Peralta ha hablado abiertamente del daño causado por los clásicos en los últimos dos milenios (2019; 2020).

Si la extinción de los estudios clásicos y de la Antigüedad clásica es, por tanto, una posibilidad (y siempre lo ha sido), los estudios de recepción pueden, por otro lado, ser eficaces a la hora de mostrar cómo podemos utilizar el campo en nuestro beneficio, no simplemente para mantener vivo un patrimonio que ha cruzado generaciones, sino para elaborar lo que ha quedado disponible de ese patrimonio.

El estudio de la Antigüedad, como los discursos sobre el pasado en general, no debe dissociarse de sus contextos de producción, así como de su posterior recepción. Como dijo Jean-Pierre Vernant a propósito de los esfuerzos de Pierre Vidal-Naquet (2002: 14), el estudioso de la Antigüedad debe “tratar de sostener los dos extremos de la cadena más allá de los siglos”. Sólo una percepción en ese sentido permite comprender los vínculos entre los conocimientos producidos sobre la Antigüedad y las cuestiones que nos afectan en nuestro tiempo; y los estudios de recepción son privilegiados a la hora de explicitar esta doble pertenencia del objeto: el Augusto de John Williams, más que dialogar con la Antigüedad y el presente, dialoga con la Antigüedad a causa del presente y de lo que nos aflige de él, y con el presente a causa de la Antigüedad y de lo que ella nos ha legado.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES EDITADAS:

AUGUSTO. (2007). *Res Gestae Diui Augusti. A vida e os feitos do divino Augusto*. Tradução: MATHEUS Trevizan, Paulo Sérgio Vasconcellos e Antônio Martinez de Rezende. Belo Horizonte: Editora UFMG.

- LIVY. (1987). XIV. *History of Rome. Summaries, Fragments, and Obsequens*. Transl. Alfred C. Schlesinger. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- WILLIAMS, J. (2003). *Augustus*. London: Vintage UK.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- DABDAB TRABULSI, J. A. (2011). *Le Présent dans le Passé. Autour de quelques Périclès du XX e siècle et de la possibilité d'une vérité en Histoire*. Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté.
- GALINSKY, K. (1996). *Augustan Culture. An interpretative introduction*. New Jersey: Princeton University Press.
- GIRALDI, W.; SHIELDS, C. J. (2014). On John Williams's Novel Augustus: A Conversation. *Los Angeles Review of Books*, November 16 2014, <https://lareviewofbooks.org/article/john-williamss-novel-augustus-conversation/>.
- GRAY, J. (2014). The thinker's dictator: Emperor Augustus makes for thrilling fiction. *New Statesman*, August 29 2014, <http://www.newstatesman.com/culture/2014/08/thinker-s-dictatorempereor-augustus-makes-thrilling-fiction>.
- HARDWICK, L. (2003). *Reception Studies*. Oxford: Oxford University Press.
- MARTINDALE, C. (1993). *Redeeming the text: Latin poetry and the hermeneutics of reception*. New York: Cambridge University Press.
- MARTINDALE, C. - Hardwick, L. (2012). *Reception*. In: *The Oxford Classical Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.
- MCGARHERN, J. (2003) *Augustus*. London: Vintage UK; vii - xiii.
- PERALTA, D. P. (2019). *Crises of Democracy at Columbia: Weaponizing the Classics*. Disponível em: <https://www.youtube.com/watch?v=vjBs49285wM&t=1401s> (Acesso em: 29 de abril, 2021).
- PERALTA, D. P. (2020). *Darkness Visible: The haunted house of classics*. Disponível em: <https://www.youtube.com/watch?v=sqbJI71H1t0&t=2921s> (Acesso em: 29 de abril, 2021).
- PERALTA, D. P. (2021). *Why "Why Classics"?*. Disponível em: <https://classics.stanford.edu/dan-el-padilla-peralta-why-why-classics> (Acesso em: 27 de abril, 2021).
- RALEIGH, W. (1904). *Style*. London: Edward Arnold Edition.
- SILVA, G. J. (2007). *História Antiga e usos do passado: um estudo de apropriações da Antiguidade sob o Regime de Vichy*. São Paulo: Annablume.
- SILVA, G. J. - FUNARI, P. - GARRAFFONI, R.S. (2020). Recepções da Antiguidade e usos do passado: estabelecimento dos campos e sua presença na realidade brasileira. *Revista Brasileira de História*. São Paulo, v. 40, n. 84; 34-66.
- SYME, R. (1937). Augustus and Agrippa. *The Classical Review*, n. 5; 194-195.
- VIDAL-NAQUET, P. (2002). *Os gregos, os historiadores, a democracia. O grande desvio*. Tradução de Jônatas Batista Neto. São Paulo: Companhia das Letras.